

(Este documento es un pre-print)

INTRODUCCIÓN A LA *CORRESPONDENCIA*
OCTUBRE 1887-ENERO 1889

Las cartas del presente volumen —sexto y último de la *Correspondencia* que se ha conservado de Friedrich Nietzsche— se ordenan en cuatro bloques perfectamente delimitados por las cuatro estancias distintas que estructuran esta etapa final de la vida lúcida del filósofo, a saber: la *primera*, en Niza, que comprende de octubre de 1887 a marzo de 1888 y, de hecho, es la última que pasó en la Riviera, a la que no regresará; la *segunda*, marcada por el gratísimo descubrimiento de la ciudad de Turín, que ocupa la parte central de la primavera de ese año, los dos meses enteros de abril y mayo; la *tercera*, la estival, en que el filósofo retorna a los Alpes suizos, a la Alta Engadina, al querido y añorado Sils-Maria, muy cerca del lago de Silvaplana, donde vive un verano tan extraño que casi parece un invierno, durante los meses de junio, julio, agosto y bien avanzado septiembre, con lluvias e inundaciones que retrasan el viaje; y la *cuarta*, la recta final, desde la última semana de septiembre hasta la primera de enero de 1889, de nuevo en la maravillosa y tonificante capital piemontesa, a la que llegará el 8 de enero el fiel Overbeck para recoger al amigo, llevarlo de regreso a Basilea e ingresarlo en una clínica.

Esta etapa vital es la del *otoño*, el tiempo de la cosecha de todo lo que se ha sembrado y cultivado a lo largo de una existencia y ya está, finalmente, en sazón; por tanto, es un momento de asombrosa fecundidad, de escritos que, al margen de las abundantes notas póstumas, se multiplican ante la imprenta del editor de Leipzig, pero es también un tiempo de singular soledad, de duro aislamiento. Apenas hay visitas compartidas de amistades significativas durante estos meses, de ahí que sea una temporada de mucho cultivo del placer del diálogo epistolar, complemento distendido del excepcional trabajo de

apuntes y reflexiones que llena varios de los cuadernos más densos de la producción póstuma del filósofo. El epistolario se redacta a la vez que se imprimen una serie de publicaciones y de nuevas galeradas, en gran parte listas ya para poder ser editadas y distribuidas cuando fuese conveniente, cuya mera enumeración impresiona y no deja de abrumarnos: *El caso Wagner. Un problema para músicos*; *El crepúsculo de los ídolos o Cómo se filosofa con el martillo*; *El Anticristo. Maldición sobre el cristianismo*; *Ecce homo. Cómo se llega a ser lo que se es*; *Ditirambos de Dionisos y Nietzsche contra Wagner. Documentos de un psicólogo*.

Si se desea saber lo que su propio autor pensaba de estas seis obras, las cartas de este volumen son de imprescindible lectura, es decir, son una guía y un comentario de excepcional importancia. Y a ello se añade un factor humano, psicológico, médico y psiquiátrico, si así se quiere formular, que conmueve de manera particular hasta hacernos un nudo en la garganta, porque ante nosotros están los testimonios en primera persona de una mente poderosísima que no obtiene reconocimiento y ha de vivir de su propio crédito, por lo que acelera entonces las muestras de su capacidad, de su ironía y de su humor, extrema las cuestiones y los riesgos que asume, cada vez más gigantescos, se desangra manifestándose una y otra vez sobre el papel, y al fin se rompe en una megalomanía dolorosa y desenfrenada. Por ello este epistolario saca a la superficie el más recóndito sentir de sus deseos, de sus ansiedades y de su inconsciente. He aquí, por tanto, un documento esencial, único, que se lee como una genuina confesión, como los trazos que deja sobre el lienzo un artista fascinante, trazos que no nos cansamos de contemplar, de reubicar, de meditar, de interpretar o de glosar... No es casual que muy notables poetas, pintores y escritores se hayan inspirado en estas huellas y misivas, en estos gritos proferidos desde profundos abismos. Su lectura, ciertamente, agarra al lector y no lo suelta, provocándole múltiples resonancias, como sucede a veces con las mejores experiencias biográficas, con lo que de verdad nos afecta.

Veamos, así pues, el curso de estos quince meses con un poco de detenimiento, atendiendo a esos cuatro diferentes contextos, uno de ellos, repetido, Turín, y reconstruyamos de manera selecta la voz de Nietzsche con sus lecturas y escrituras, audiciones y paseos, y también la presencia ausente de todos esos interlocutores a los que se les enviaban estos reiterados mensajes de alegría y auxilio, de melancolía y ruptura, de afirmación y enfermedad.

I. LA ÚLTIMA ESTANCIA EN NIZA (OTOÑO DE 1887-PRIMAVERA DE 1888)

Después de haber pasado un mes en Venecia, en compañía de su amigo y discípulo, el músico Heinrich Köselitz, acabando la corrección de las galeradas de *La genealogía de la moral* y preparando la distribución de ejemplares del recién editado *Himno a la alegría* a personas amigas y a músicos que pudieran interpretarlo, Nietzsche llega el 22 de octubre a la ciudad de Niza, donde solía pasar el final del otoño y el invierno. De nuevo su residencia es la *Pension de Genève*, que se ha tenido que remodelar por el terremoto sufrido el año anterior. Los dueños le preparan una habitación a su gusto para que el entorno le facilite el trabajo.

Como es habitual en su epistolario, lo primero que hace Nietzsche es describir el nuevo clima en que se encuentra, narrar las peculiaridades de la urbe distinta en que reside:

Niza, con temperatura considerablemente *más elevada* [que Venecia], tiene ahora algo embriagante. Jovial elegancia *mondaine*, irrupción mayor y más libre de la pródiga naturaleza en la liberalidad de espacios y formas de una gran ciudad, un cierto exotismo y un cierto africanismo de la vegetación (— mi propia caverna, alta, llena de color, me produce el efecto de algo extravagante y judío). En ella vuelvo a estar sentado ahora, inglés e indiferente, rodeado exclusivamente de ingleses (carta 937¹).

Desde ese territorio en el que pasea y de la sociedad internacional en la que convive, desciende luego a lo particular, hasta su propio cuarto, el espacio en el que escribe y descansa:

La habitación que deseo ocupar los próximos seis meses: se halla exactamente *encima de* la que tenía hasta ahora, ayer la tapizaron de nuevo, en correspondencia con mi mal gusto, a rayas y manchas rojas y marrones, y está situada frente a un edificio pintado de amarillo intenso, pero suficientemente distante, de manera que el reflejo es delicioso, a lo que hay que añadir, para superior deleite, la mitad del cielo (— ¡que es azul, azul, azul!). Abajo hay un hermoso jardín, siempre verde, en el que se posa la mirada cuando estoy sentado a la mesa. El suelo está cubierto de paja, sobre la cual hay una antigua alfombra y, encima de esta, otra alfombra, nueva y más hermosa; una mesa redonda grande, una *chaise longue* bien acolchada, un armario para libros, la cama, cubierta con una colcha de color azul oscuro, y la puerta, cubierta igualmente con pesadas cortinas marrones; aún cuél-

1. Las cartas se citan siguiendo su numeración en el presente volumen.

gan algunas cosas de tela de color rojo chillón (el lavabo y la percha), en suma, un revoltijo simpático, lleno de color, cálido y oscuro en su conjunto. Una estufa llegará de Naumburg (carta 944).

Pronto llegan también a sus manos los primeros ejemplares de *La genealogía de la moral*, ese escrito polémico que acaba de publicar a sus expensas. Quizá el nuevo libro despierte por fin la curiosidad por su atrevido autor y por las obras anteriores que ya ha publicado. Comienza entonces la tarea de enviarlo a amigos e intelectuales para que lo puedan reseñar y comentar. Él mismo precisa con claridad lo que ha hecho en ese libro, insertándolo en el complejo debate que sostiene con la moral y el cristianismo, dos temas casi intocables ante los que casi todo el mundo guarda una actitud reverente:

... fue de obligado cumplimiento en aras de la claridad aislar artificialmente los diferentes focos de surgimiento de ese complejo producto que se llama moral. Cada uno de esos 3 tratados [que lo componen] da expresión a un único *primum mobile*; falta un cuarto, un quinto e incluso el más esencial («el instinto de rebaño») — este mismo, por demasiado extenso, de momento ha tenido que quedar al margen, así como la suma final de todos los diferentes elementos y, con ello, una especie de *ajuste de cuentas con la moral*. Para ello todavía nos encontramos justamente en el «preludio» de mi filosofía. (Para la génesis del cristianismo cada tratado aporta una contribución; nada está más lejos de mí que el deseo de clarificar el cristianismo mismo recurriendo a una única categoría psicológica) (carta 971).

Nietzsche sabe que se cumplen por entonces diez años de su vida de «hombre sufriente» y de «filósofo errante», de pensador, escritor y poeta ignorado y desconocido, a pesar de su poderosa y exquisita producción, y medita entonces sobre su enfermedad y su soledad, sobre la necesidad de trazar una línea de separación, prescindir de lo anterior, y recomenzar su proyecto vital más genuino sin cuentas pendientes, sin lastres ni desvíos, con decisión, valentía y radicalidad:

Me parece que se cierra para mí una especie de época; una retrospectiva es ahora más oportuna que nunca. Diez años de enfermedad, más de diez años; y no simplemente una enfermedad para la que haya médicos y medicinas. [...] Por fortuna tengo suficiente *esprit gaillard* para de vez en cuando reírme incluso de esos recuerdos, así como de todo lo demás que solo *a mí* me concierne; y tengo además una tarea que no me *permite* pensar mucho en mí (una tarea, un destino o como uno lo quiera llamar). Esta tarea me ha puesto enfermo, pero también me volverá a poner sano, y no solo sano, sino que también me volverá a convertir en filántropo y en lo que eso conlleva (carta 951).

En ese momento acontece una sorpresa: a fines de noviembre Nietzsche recibe la primera carta de un intelectual respetable que se interesa en serio por su obra y su persona, se trata de un judío danés, profesor en la Universidad de Copenhague, reputado experto en literatura europea del XIX, llamado Georg Brandes, que comparte el radicalismo aristocrático del filósofo y sus críticas a los ideales ascéticos y a los valores democráticos de la mediocridad, la masa y el gran número, es decir, contrarios a la excelencia, a las excepciones autónomas y libres. Este nuevo interlocutor desea conocer mejor su pensamiento, ampliar sus lecturas, abarcar toda su obra publicada. Comienza así uno de los intercambios epistolares más significativos de esta etapa, un diálogo que tendrá frutos de largo alcance. Nietzsche aprovecha la oportunidad para presentarse, para evitar equívocos y confusiones sobre su persona y su pensar:

En la escala de mis vivencias y estados de ánimo la preponderancia se halla de parte de las tonalidades más singulares, más distantes, *más sutiles*, frente a las normales y medianas. Incluso tengo (para hablar como el viejo músico que realmente soy) un oído para cuartos de tono. Por último —y esto es, ciertamente, lo que en mayor medida oscurece mis libros— hay en mí una desconfianza frente a la dialéctica, incluso frente a los fundamentos. A mi parecer, el *coraje*, el grado de fortaleza de su coraje, es más importante que *aquello que una persona ya está dispuesta a tener por «verdadero» o todavía no lo está...* (Solo raras veces tengo el coraje para aquello que propiamente sé.)

La expresión «radicalismo aristocrático», de la que usted se sirve, es muy buena. Es, dicho sea con permiso, la palabra más inteligente que he leído hasta ahora sobre mí. Cuán lejos me ha llevado ya en los pensamientos esta forma de pensar, cuán lejos me llevará aún — casi me da miedo imaginármelo. Pero hay caminos que no permiten que en ellos se retroceda; y por eso yo avanzo, porque *tengo que avanzar* (carta 960).

Por suerte, cuando más solitario y triste comenzaba a sentirse en esa retrospectiva vital, recibe una carta de un viejo amigo que de nuevo le ofrece su confianza y retoma la entrecortada relación, Carl von Gersdorff:

... la tensión en la que vivo, la presión de una tarea y una pasión grandes es tan enorme, que ahora todavía podrían acercarse a mí nuevas personas. Efectivamente, el yermo que me rodea es enorme; en realidad, solo soporto aún a los que son extraños y ocasionales por completo y, por otro lado, a los que forman parte de mí por la edad y desde la infancia (carta 965).

La otra vieja amistad que ha vuelto a consolidarse por entonces es la del schopenhaueriano y gran conocedor de la filosofía india Paul Deussen, que ese verano le había visitado con su mujer en la Engadina y le acaba de enviar un simbólico regalo desde Atenas. La correspondencia entre ellos explicita la amplitud de miras de Nietzsche, su interés por la sabiduría oriental, así como su crítica a los seguidores de A. Comte (carta 969).

Al margen del círculo de los amigos, en el que sobresale el leal Overbeck, su antiguo colega en la Universidad de Basilea, con quien impera la veracidad al comunicarse, Nietzsche desea que algún intelectual alemán se manifieste sobre el conjunto de su obra y perfile sus aportaciones e innovadores acentos, de ahí que una y otra vez intente pasarle esa antorcha a quienes considera que podrían hacerlo, por ejemplo, el músico, musicólogo y ensayista Carl Fuchs, un individuo inquieto que parece que le tiene estima:

Hasta ahora todavía nadie ha tenido coraje e inteligencia suficientes para *descubrirme* ante los queridos alemanes: mis problemas son nuevos, mi horizonte psicológico es tan extenso que asusta, mi lenguaje es audaz y claro, quizá no haya libros alemanes más ricos en pensamientos y más independientes que los míos (carta 963).

A pesar de tan sabios consejos, el ansiado ensayo de conjunto no se redactó ni se publicó, ya que Fuchs solo seguía motivado por sus críticas musicales. Los primeros meses de 1888, al margen del tiempo invernal y de la melancolía que la falta de sol genera en su talante hipersensible, son de enorme esfuerzo filosófico. Nietzsche trabaja de manera incansable en su proyectada y voluminosa obra capital, *La voluntad de poder*. Pero ese primitivo título apenas aparece en esta correspondencia: lo hace solo una vez (carta 1049), pues ahora prefiere denominarla de otro modo, *Ensayo de una transvaloración de todos los valores*. En febrero consigue por fin una panorámica de tan ambicioso proyecto: «La primera redacción de mi *Transvaloración de todos los valores* está acabada. La concepción global de la obra ha sido, con diferencia, la tortura más larga que he vivido, una verdadera enfermedad» (carta 990). Esa obra magna exigirá —dice— años de trabajo, quizá diez. De momento, lo que ha redactado es de uso estrictamente personal, meras notas para él mismo, indicaciones casi secretas para proseguir el camino entrevisto, señales de las múltiples sendas que se abren a su inquisitiva meditación. En esta tarea está solo, totalmente solo, al límite de sus fuerzas y sus resistencias, pero es la obra filosófica que ha de realizar. Ese trabajo él lo vive como necesario, impostergable e inevitable, aunque conlleve soledad y sufrimiento, días de niebla,

desaliento y fracaso: «Ahora, y para una serie de años, solo ansío una cosa: silencio, olvido, la indulgencia del sol y del otoño con algo que quiere *madurar*, con la sanción y la justificación posteriores de todo mi ser (¡de un ser, por lo demás, eternamente problemático por cien motivos!)» (carta 969).

Transvalorar valores tiene que ver con el platonismo y el idealismo, con la historia entera de la filosofía occidental, ciertamente, y también con el cristianismo que sacerdotes y teólogos han predicado al pueblo. No es anecdótico, por tanto, recordar que durante esos meses invernales Nietzsche lee a Dostoievski y Tolstói, a Renan y a Wellhausen, justamente en aquellas de sus obras que ofrecen una interpretación de Jesús de Nazareth, el judaísmo y la iglesia primitiva; recordemos, por ejemplo, *Les possédés* [*Los demonios*] y *Ma religion* [*Lo que yo creo*], la *Vie de Jésus* y los *Prolegómenos a la historia de Israel*, respectivamente.

La publicación de un artículo sobre los escritos de Nietzsche por parte de Carl Spitteler en el *Bund* de Berna al comenzar el año dará lugar a otro de los intercambios epistolares que vertebran esta etapa final. El intelectual suizo, un profesor experto en cuestiones estéticas, sobre todo en los campos del teatro y la música, antiguo discípulo de Overbeck y buen escritor, futuro premio Nobel, encaja la razonada y dolida crítica que Nietzsche le dirige, y agradece con afecto la noble intervención del filósofo para que se publiquen sus ensayos. El diálogo entre ellos se afianzará y perdurará hasta el final; en diferentes cartas es bien explícita la estima que Nietzsche le profesaba. De especial significado son las palabras con las que este argumenta lo que ha hecho en sus obras, pues las cartas que redactó con motivo del debate con Spitteler contienen una excelente versión de la manera en que se interpretaba en aquello que a sus ojos le caracterizaba como pensador y escritor de inconfundible personalidad artística, sobre todo gracias a sus diferentes «estilos», mejor aún, a su innovadora manera de plantear la cuestión del estilo:

La dificultad de mis escritos radica en que en ellos hay una preponderancia de estados del alma infrecuentes y nuevos sobre los estados anímicos normales. No lo alabo; pero es así. Yo busco signos para esos estados todavía no percibidos y a menudo apenas perceptibles; me parece que en ello tengo mi inventiva. Nada está más lejos de mí que la creencia en un «estilo que por sí solo hace feliz», en el que, si he entendido correctamente, ¿el señor Spitteler cree? El propósito de un escrito ¿no ha de *crear* siempre y en primer lugar la ley de su estilo? Yo exijo que, si se altera ese propósito, se altere también inexorablemente todo el sistema de procedimientos estilísticos. He

hecho esto, por ejemplo, en *Más allá [del bien y del mal]*, cuyo estilo no parece ya similar a mi estilo de etapas anteriores: el propósito, el *centro de gravedad* estaba puesto en otro lugar. Lo he vuelto a hacer en el último «escrito polémico» [*La genealogía de la moral*], en el que ha entrado un *allegro feroce* y la pasión *nue, crue, verte* en lugar de la neutralidad refinada y el tembloroso movimiento de avance de *Más allá*. Es posible que el señor Nietzsche sea más artista de lo que el señor Spitteler quisiera hacernos creer... (carta 985).

A finales de marzo, como síntesis de la etapa vivida en la Riviera, Nietzsche vuelve a describir su contexto, precisando esta vez su ritmo de vida, sus peculiares necesidades y dependencias, que tan bien conoce y que corporal y espiritualmente tanto le afectan: él se siente lleno de fuerzas si disfruta de un clima seco y fresco, una luz clara y transparente, un aire limpio y puro, y si en el entorno hay unas rutas gratas y a la sombra para largos y bellos paseos (carta 1005).

II. LA PRIMERA ESTANCIA EN TURÍN (ABRIL-JUNIO DE 1888)

El día 2 de abril dejó Nietzsche la ciudad de Niza, a la que ya no volvería, y emprendió un viaje desgraciado, que solo le permitió llegar a Turín el día 5, después de tristes peripecias en Sampierdarena y Génova. Pero ese imprevisto ensayo de residir en aquella desconocida ciudad italiana durante los difíciles y oscilantes meses de primavera se convirtió en una gratísima sorpresa, en un amor a primera vista, en uno de los descubrimientos más extraordinarios de la biografía itinerante de Nietzsche. Enseguida comienza su canto de alabanzas a la aristocrática ciudad de los bellísimos soportales y las alamedas junto al Po, uno de los *leitmotivs* más fascinantes de su epistolario, una invitación repetida a sus mejores amistades para que compartan con él ese hallazgo tan satisfactorio:

... ¡qué ciudad tan digna y seria! En absoluto una gran ciudad, en absoluto moderna, como había temido: sino una ciudad residencial del siglo xvii, que tenía un único gusto que en todo imperaba, en la corte y la *noblesse*. La *calma* aristocrática se ha mantenido en todo: no hay suburbios mezquinos; una unidad en el gusto que llega hasta los colores (toda la ciudad es amarilla, o marrón-rojiza). ¡Y un lugar clásico tanto para los pies como para los ojos! (carta 1013).

Turín influye a través de una cierta corriente de vida, no oprime, *no* es la reproducción del pequeño propietario ni de quien avanza *arrastrándose y adulando*. La grandeza y magnificencia espaciales tienen algo de contagioso; uno se mueve con más franqueza (carta 1025).

En el cada vez más comprometido diálogo que mantiene con el intelectual danés, la importante carta a Brandes del 10 de abril (carta 1014) traza una rápida síntesis de sus obras y acaba con una breve autobiografía, una *vita*; quizá se encuentre en este condensado texto la reiteración en la madurez de un repetido gesto de la juventud, el esbozo de una retrospectiva de los años transcurridos, así como el germen de lo que luego será este mismo proyecto, pero ampliado y convertido en libro autónomo. Nos referimos a *Ecce homo*, obra que se iniciará seis meses después, con la contundente exposición de los trazos fundamentales de una vida a contracorriente y el juicio por parte de su autor de los libros tan buenos que ha escrito y escribe. En otras cartas también hay, como croquis y dibujos previos, apuntes de lo que culminará con ese gran autorretrato al óleo a los cuarenta y cuatro años, muestra elocuente de su «estilo tardío».

Durante esa primavera en Turín, ciudad de eminente cultivo del arte de la *música*, repleta de teatros y soberbias cafeterías en que abundan los conciertos, las óperas y las operetas, nace y toma cuerpo un nuevo escrito muy personal en torno al destino de la música, *El caso Wagner*. Está concebido como una larga carta al público, una prueba más de la cercanía que mantiene el epistolario de estos meses con los libros que Nietzsche redacta. Es un refrigerio, un descanso, un alto en el duro camino que le lleva a proseguir su tarea vital, el arduo trabajo filosófico que hace que durante días ni siquiera haya ido a ver y escuchar de nuevo la estimada ópera de Bizet, *Carmen*, que por entonces se representa en la ciudad. En sus reflexiones críticas sobre el judaísmo y el cristianismo, en comparación con el islamismo y sobre todo con el hinduismo y el budismo, descubre Nietzsche el código de Manú en el libro de Louis Jacolliot, *Les législateurs religieux. Manou – Moïse – Mahomet*, que tanta incidencia tendrá tanto en sus cuadernos póstumos y en sus futuros escritos como en el mismo epistolario (carta 1041).

Por entonces, del 10 de abril al 8 de mayo, Georg Brandes imparte en la Universidad de Copenhague, con notable éxito de público, un ciclo de cinco lecciones magistrales sobre la filosofía de Nietzsche, que tiene eco en la prensa escandinava. Brandes le pide al filósofo una fotografía para conocerlo mejor, mientras que un polígrafo de origen alemán que vive en los Estados Unidos de América se interesa por sus obras y parece que tiene intención de publicar un ensayo en inglés que podría darlo a conocer en ese ámbito cultural. Nietzsche conoce al profesor y decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Turín, Pasquale d'Ercole, que se había formado en Alemania. Con ironía y cierta euforia él detecta que ha comenzado su gloria mundana,

aunque continúa siendo postergado y desatendido en su propio país y en la lengua en la que escribe. Su silenciosa tarea principal sigue su curso subterráneo y lento, pero ya presenta de vez en cuando su silueta de cuerpo entero, como admite con emoción y alegría:

Estas semanas en Turín [...] me han ido mejor que cualesquiera otras desde hace años — sobre todo han sido más filosóficas. Casi cada día he logrado tener durante una, dos horas, esa energía para poder *ver de arriba a abajo* mi concepción íntegra: en que la enorme multiplicidad de los problemas se hallaba extendida ante mí como si fuera un relieve, y sus líneas se percibían con claridad. Para eso se requiere un *maximum* de fuerza que ya no creía esperar en mí. Todo guarda relación con todo, todo había comenzado ya correctamente desde hace años, uno construye su filosofía como un castor, uno es necesario y no lo sabe: pero se ha de *ver* el todo, como yo lo he visto ahora, para creerlo (carta 1030).

He aprovechado estas semanas para «*transvalorar valores*». — ¿Entiende usted este tropo? — En el fondo el que convierte las cosas en oro es el que más mérito tiene de todos los tipos de ser humano que existen: me refiero a quien de lo mínimo y más despreciado es capaz de hacer algo lleno de valor e incluso de sacar oro. Solo este *enriquece*; los otros tan solo intercambian unas cosas por otras. Mi tarea es muy extraña esta vez: me he preguntado por lo que hasta ahora la humanidad ha odiado, temido, despreciado en mayor medida: — y a partir de eso precisamente he sacado yo mi «oro»...

¡Que al menos no se me eche en cara que haya incurrido en falsificación de moneda! O al contrario; eso es lo que *harán* (carta 1036).

III. EL ÚLTIMO VERANO EN SILS-MARIA (6 DE JUNIO-20 DE SEPTIEMBRE)

Los comienzos de esta séptima estancia en la Alta Engadina no presagiaban nada bueno: calor, humedad, sofoco, malestar generalizado; comenzaba un verano extraño, de tiempo cambiante y muy perturbador, que quebrantó la débil salud del filósofo y frenó sus ambiciosos planes de trabajo. Como precisa en más de una ocasión, él no se desplaza a los Alpes para disfrutar de vacaciones principescas y privilegiadas como si fuera un extranjero acaudalado, sino para poder mantener la salud y dedicarse con toda su energía a trabajar, a realizar la tarea que le convoca y le mantiene despierto y en vela, meditando y escribiendo en las madrugadas.

Las cartas a su madre, ya antes de salir de Turín, tienen una motivación privada que persiste durante toda la estancia en Sils-Maria y que recoge sus necesidades más básicas: que ella compre y envíe té, miel, mermelada, galletas o bizcochos y, sobre todo, un jamón rosado

de características especiales, un embutido suave, de color asalmonado, apenas sin sal, fácil de digerir, elemento básico de las cenas que Nietzsche toma en su cuarto, en parte para ahorrar, en parte por motivos de salud, y también para no verse obligado a los rituales de la vida social del colectivo de «turistas» que visitan en verano esa comarca excepcional. Ella atendía también ciertas demandas de la ropa de su hijo (camisas, corbatas, calcetines, camisones, cepillos, peines, manteles... y los correspondientes remiendos), e incluso ha de comprarle unas determinadas plumas de letra redondilla, las únicas que logran que el filósofo perfile una escritura legible en días de debilidad corporal, pulso tembloroso y dolores oculares. Esta conexión con Naumburg es la única y emotiva muestra de vida familiar en el día a día del filósofo, atento a la economía y a la situación doméstica de su anciana madre.

Otro hilo conductor a lo largo de esos meses lo configura la preparación del texto definitivo de la obra comenzada en Turín, *El caso Wagner*, revisado y ampliado progresivamente con dos post scríptums y un *epílogo*. Su discontinua gestación produjo un manuscrito fragmentado, repleto de sucesivos retoques y notas, pues Nietzsche deseaba acabar de una vez por todas con esa candente cuestión que atravesaba su vida y su obra, y quería soltar definitivamente el lastre para así poder dedicarse de lleno a otros temas y problemas, una vez resueltas y sentenciadas las cuestiones que tal «caso» afortunado y paradigmático le había planteado. No le fue fácil conseguirlo, y menos en días tan desapacibles y sombríos, tan poco veraniegos. El mar de fondo de sus preocupaciones, sin embargo, está agitado por otras corrientes más peligrosas y radicales que conlleva una labor filosófica que prosigue la senda ontológico-epistemológica y crítica del *Zarathustra*, una misión que marca el fundamento de una personalidad que es perfectamente consciente a la vez de su excepcional relevancia y de su trágica fragilidad, como delata a veces cuando escribe a verdaderos amigos como Overbeck:

La dificultad en la que vivo es extraordinaria; pero no radica allí donde tú y otros amigos la buscáis. Apenas sé hacerla comprensible. Pero desde la época en que tengo sobre la conciencia mi *Zarathustra* soy como un animal que constantemente queda *herido* de una manera indescriptible. Esta herida consiste en no haber oído ninguna respuesta, ningún aliento de respuesta... Este libro está tan al margen, quisiera decir *más allá* de todos los libros, que es un completo tormento haberlo creado — él pone a su creador igualmente al margen, igualmente más allá. Me defiendo contra una especie de nudo que me quiere ahogar — es el aislamiento, — comprendo, por otra parte, con toda profundidad, por qué nadie puede decirme una palabra que todavía me *alcance*... La moraleja es la siguiente: se puede perecer por

haber hecho algo inmortal: uno lo *expía* después en todo momento (carta 1067).

Hacia finales de julio Nietzsche intenta de nuevo que el musicólogo y articulista Carl Fuchs escriba algún ensayo en la prensa alemana para que también en la madre patria se sepa quién es él en realidad y qué cosas ha hecho y publicado. Estas recomendaciones tan acertadas para quien se enfrenta a su legado son una excelente carta de presentación indirecta de su obra y su persona, un aviso para futuros navegantes que no se debería ignorar:

Si algún día debiera usted llegar (— ¡¡necesita *tiempo* para eso, estimado amigo!!) a escribir algo sobre mí, en tal caso tenga usted la sagacidad, que por desgracia aún no ha tenido nadie, de *caracterizarme*, de «describirme», — pero *no* de «devaluarme». Esto proporciona una grata neutralidad: me parece que, al hacerlo, a uno le es lícito dejar de lado su *pathos* y ejercitar una espiritualidad tanto *más refinada* cuanto más sea lo que llegue a sus manos. Aún no se me ha caracterizado nunca — ni como *psicólogo*, ni como *escritor* (incluido el «poeta»), ni como descubridor de una *nueva* especie de pesimismo (de un pesimismo dionisiaco, nacido de la *fuerza*, que se da el *placer* de agarrar por sus cuernos el problema de la existencia), ni como *inmoralista* (— la forma más elevada alcanzada hasta ahora de «probidad intelectual», a la que le es lícito tratar la moral como ilusión, después de haberse convertido ella misma en *instinto e inevitabilidad* —). *No* es en absoluto necesario, y ni siquiera *oportuno*, tomar en ello partido a mi favor: al contrario, una dosis de curiosidad, como ante una planta extraña, con una resistencia irónica, me parecería una posición para conmigo incomparablemente *más inteligente* (carta 1075).

Acabado por fin el manuscrito para la imprenta de *El caso Wagner*, ya durante la segunda semana de agosto retornan el buen tiempo y la salud, y Nietzsche vuelve a tener una visión global de su proyectada gran obra. Decide entonces no solo proseguir esa enorme tarea de transvaloración, sino preparar también un texto breve que compendie su filosofar. Ese doble trabajo le obliga a revisar a fondo sus cuadernos, y a extraer de ellos lo más logrado y mejor redactado. En ese complicado proceso de relecturas los planes anteriores se irán alterando y con celeridad se gestarán sucesivamente dos nuevas criaturas que, en cierto modo, acabarán anulando lo que se proyectaba con largo aliento y para futuras cosechas: la obra de síntesis denominada por el momento *Ociosidad de un psicólogo*, la futura *Crepúsculo de los ídolos*, como así la llamará al final, y la que se concebirá como *primer libro* de la *Transvaloración de todos los valores*, el escrito titulado *El*

Anticristo, entendido como el inicio o primera parte de una empresa colosal en cuatro volúmenes. La correspondencia lo indica con claridad (carta 1104).

Junto a lecturas de Stendhal (*Rome, Naples et Florence*) y una biografía de Wagner en la que se ve citado (Ludwig Nohl, *Leben Richard Wagners*), ese último verano en Sils-Maria posibilita el reencuentro con Meta von Salis y con el teólogo Julius Kaftan, y da origen a una nueva amistad con el atento pianista y profesor del Conservatorio de Hamburgo Carl von Holten. Los dos primeros dejarán notables testimonios de esos días en compañía de Nietzsche, que complementan y rubrican lo que el epistolario ya permite descubrir, a saber, que el filósofo tenía un talante que gozaba con las amistades y la compañía inteligente, las tertulias veraces, la elegancia y el sentido del humor, con los pensamientos paseados y vividos, dialogados y respetados en su libre singularidad. Y también que sin música su vida sería un suplicio.

En el ámbito sociopolítico, el cambio de káiser le preocupa porque teme el auge del antisemitismo y el autoritarismo nacionalistas y excluyentes, con prohibiciones y censuras que le afecten, de ahí que destaque cualquier síntoma positivo para sus expectativas (carta 1115).

Por fortuna, una insólita carta de Paul Deussen le comunica el regalo de 2.000 marcos que le ofrece un donante anónimo, ayuda que otra espléndida aportación de Meta von Salis de 1.000 francos complementará; este golpe de suerte le facilita el pago de los costes de edición de los escritos que no cesa de enviar a la imprenta. Esa hermosa sorpresa coincide con la euforia que siente ante lo que ya ha logrado redactar antes de abandonar la Engadina, como se percibe en la respuesta a Deussen, confirmándole la aceptación por su parte de esa enigmática y generosa donación anónima. Nietzsche insiste con orgullo en sus cualidades estilísticas y sus revulsivos logros intelectuales, en la perspicacia psicológica de *El caso Wagner*, pero va más allá, afirma que su labor filosófica tiene trascendencia histórica, es una subversión radical de enorme calado que afectará a la humanidad entera:

Mi editor ha recibido ya *otro* manuscrito que proporciona una muy rigurosa y refinada expresión de toda mi *heterodoxia filosófica* — oculta bajo mucha gracia y malignidad. Se llama: *Ociosidad de un psicólogo*. — A fin de cuentas *estos dos escritos* no son sino verdaderos descansos en medio de una tarea desmesuradamente difícil y decisiva, que, *si se entiende*, partirá por la mitad la historia de la humanidad. El sentido de la misma se resume en cinco palabras: *Transvaloración de todos los valores*. No se encuentran ya a

libre disposición muchas de las cosas que hasta ahora lo estaban: el imperio de la *tolerancia* ha quedado rebajado, gracias a decisiones de valor de primera importancia, a una mera cobardía y debilidad de carácter. Ser *cristiano* —por exponer solo una única consecuencia— será desde entonces *indecente*. — Incluso de esta subversión, la más radical que conoce la humanidad, hay ya en mí muchas cosas que se encuentran en acción y en marcha. Solo necesito, dicho una vez más, todo tipo de descanso y de distracción, para tener lista la obra sin la menor fatiga, como un juego, como una «libertad de la voluntad». El *primer* libro de este programa ya está acabado hasta la mitad (carta 1111).

Unas lluvias torrenciales y los consiguientes desastres a mediados de septiembre retrasarán el viaje a Turín, que solo se pudo llevar a cabo días después, como dijo en *Ecce homo*, «Crepúsculo de los ídolos», aforismo 3: «Hasta el 20 de septiembre no dejé Sils-Maria, retenido por unas inundaciones, siendo al final el único huésped de ese lugar maravilloso, al que mi agradecimiento quiere otorgar el regalo de un nombre inmortal».

IV. ÚLTIMA ETAPA EN TURÍN (OTOÑO E INICIO DEL INVIERNO DE 1888-ENERO DE 1889)

Tras un viaje lleno de incidencias, en que incluso mi vida corrió peligro en el inundado Como, donde no entré hasta muy avanzada la noche, llegué en la tarde del día 21 a Turín, mi lugar *probado*, mi residencia a partir de entonces. Tomé de nuevo la misma habitación que había ocupado durante la primavera, *via Carlo Alberto, 6, III*, frente al imponente *palazzo Carignano*, en el que nació Vittorio Emanuele, con vistas a la *piazza Carlo Alberto* y, por encima de ella, a las colinas. Sin titubear y sin dejarme distraer un solo instante me lancé de nuevo al trabajo: quedaba por concluir tan solo el último cuarto de la obra. El 30 de septiembre, gran victoria, conclusión de la *Transvaloración*; ociosidad de un dios por las orillas del Po. Todavía ese mismo día escribí el *prólogo* de *Crepúsculo de los ídolos*, la corrección de cuyas galeradas había constituido mi recreación en septiembre. — No he vivido jamás un otoño semejante ni tampoco he considerado nunca que algo así fuera posible en la tierra, — un Claude Lorrain pensado hasta el infinito, cada día de una perfección idéntica e indómita (*Ecce homo, ibid.*).

Así, con esta afortunada síntesis que parece sacada de una emotiva carta del momento, resume Nietzsche sus primeras dos semanas otoñales en la querida ciudad italiana que había descubierto en primavera, en la que, como dejó escrito al final de dicho *prólogo*, acababa

de lograr la finalización de la primera parte de su ansiado proyecto: «Turín, 30 de septiembre de 1888, día en el cual el primer libro de la *Transvaloración de todos los valores* quedó terminado».

Ese libro es *El Anticristo*, y durante el otoño asistiremos a un cambio de perspectiva muy notable, que ya se percibe si comparamos esta cita del último día de septiembre con el texto de *Ecce homo* antes transcrito, que en su redacción final es posterior al 20 de noviembre (carta 1151). Así, *El Anticristo*, el libro que era solamente el *primero* de esa magna obra, *La transvaloración de todos los valores*, que debía tener otros tres, y estar constituida por cuatro libros en total, como documentan muchos textos de los primeros diez meses de 1888, pasa a ser considerado como *toda* la obra, como la obra *entera ya concluida y acabada* el día 30 de septiembre. Dicho con otras palabras, en la segunda mitad de noviembre Nietzsche cambió sus planes anteriores de elaborar durante años una obra monumental de cuatro volúmenes y pensó que *El Anticristo* era ya, de hecho, *toda* la *Transvaloración de todos los valores*. La carta 1159 lo ratifica de manera taxativa. Eso explica que una de sus principales preocupaciones en octubre, noviembre y diciembre sea la planificación de la oportuna *publicación* de ese libro decisivo, que teme será confiscado y prohibido, coordinándola con la de los otros escritos que aún no habían aparecido (*El caso Wagner*, *El crepúsculo de los ídolos*), y con la *traducción y edición* en lenguas extranjeras, en francés e inglés de modo especial, de todos esos textos, exponentes de la síntesis y la madurez de su filosofía, por una parte, y de su más innovador y radical mensaje, por la otra, un mensaje que ya había logrado su acabada formulación. De todos modos, no conviene simplificar este proceso y sus drásticos cambios consiguientes porque el propio Nietzsche fue ganando poco a poco claridad sobre lo que había redactado, sobre la mejor forma de darlo a conocer y sobre qué hacer con lo mucho que todavía escribiría en ese fecundo otoño turinés de 1888 de tan copiosa cosecha. Sus planes se modificaban según el momento en que se hallaba, a partir tanto de aquello que le sugerían las respuestas de sus interlocutores, como de lo que le dictaban los estratégicos deseos de comunicación y reconocimiento que sentía, y de las preferencias tácticas y ocasionales, suscitadas por los diferentes contextos en que se hacía necesario interactuar. Lo cierto es que el viejo proyecto de elaborar una obra filosófica de largo aliento y lenta maduración quedó abandonado definitivamente, convertido en un mensaje condensado y radical que se debía difundir a escala internacional, seguramente con efectos tan explosivos como la misma dinamita. Veámoslo ahora en su dramática gestación, casi semana a semana.

A finales de septiembre recibe los primeros ejemplares de *El caso Wagner*, una obra provocativa que, por los pedidos que su editor le

dice que ha recibido, aunque aún estuvieran pendientes de confirmación, el filósofo sabe que generará una especie de clamorosa irritación, de extraña curiosidad; de hecho, se desata enseguida una cadena de reacciones hasta en el círculo mismo de sus amistades más cercanas, como así fue, por ejemplo, en el caso de la fiel wagneriana Malwida von Meysenbug. En efecto, de inmediato le confiesa a Brandes: «He causado un pánico atroz incluso entre mis más íntimos y conocidos» (carta 1134).

En el intercambio epistolar que siguió a la distribución y lectura del panfleto, Nietzsche comienza a extremar sus afirmaciones en un tono que acaso busca compensar el reconocimiento que tanto se merece pero que aún no tiene. Como Wagner era una celebridad internacional que ya por entonces suscitaba apasionados debates, la traducción de ese escrito antiwagneriano, muy crítico con la cultura alemana oficial e imperial, le parece que sería una buena oportunidad para su presentación ante públicos extranjeros con otra sensibilidad, en Londres o en París. Pero el tono que utiliza es cada vez más crispado, más encendido. Nietzsche va extremando las afirmaciones sobre él mismo y no teme caer en autoalabanzas contundentes y exageradas:

En estas cosas no admito contrarréplica. En cuestiones sobre la *décadence* yo soy la instancia suprema que hay sobre la tierra: estos seres humanos de ahora mismo, con su lamentable degeneración del instinto, deberían considerarse afortunados de tener a alguien que les escancia vino puro en los casos *más oscuros*. Que este payaso [Wagner] haya sabido despertar la creencia de que él (— como usted lo expresa con inocencia digna de respeto) es la «última expresión de la naturaleza creativa», su «última palabra» por así decirlo, para ello se requiere de hecho ser un *genio*, pero un genio de la *mentira*... Yo mismo tengo el honor de ser algo opuesto — un genio de la *verdad* — (carta 1131).

Este tono poderoso, admonitorio, de perspectiva global y de dimensiones históricas, universales y planetarias se consolida por entonces y caracteriza casi todo lo que sale de la pluma de Nietzsche a lo largo de los últimos tres meses de su vida lúcida. Asistimos, pues, a la puesta en acto de una escritura que va dejando las implacables huellas de ese incesante subrayado sobre la importancia única de lo que está en juego en sus decisiones, un envite de titánica envergadura que llevará a la desmembración de esa mente tan valerosa y arriesgada. La siguiente carta a Overbeck de mediados de octubre es una buena muestra de la presencia de dicho tono subjetivo, belicoso, exaltado y orgulloso que rehúye cualquier modestia formal, cualquier componenda retórica que pudiera suavizar lo que en realidad piensa y asevera con inaudita rotundidad:

Soy ahora la persona más agradecida del mundo — provista de determinado sentimiento *otoñal*, en este preciso buen sentido de la palabra: es la *época* de mi gran *cosecha*. Todo se me hace ligero, todo me sale bien, aunque difícilmente alguien haya tenido ya entre las manos cosas tan grandes. Te comunico con un sentimiento para el que no tengo palabras que el *primer* libro de la *Transvaloración de todos los valores* está acabado, listo *para la imprenta* [...] Esta vez, como viejo artillero, presento mi cañón de gran calibre: temo que con su fuego partiré por la mitad la historia de la humanidad. [...] No ha habido nunca un momento más importante en la historia: pero, de esto *¿quién podría saber algo?* La desproporción que aquí queda de manifiesto es absolutamente inevitable: en el momento en el que la pasión espiritual, con una altura y una libertad jamás presentidas hasta ahora, toma posesión del problema *supremo* de la humanidad y pronuncia la *última palabra* sobre el destino de esta, en ese momento la mezquindad y la torpeza generales *han de* contrastar con ello con mayor fuerza. Todavía no hay, en modo alguno, «hostilidad» contra mí: simplemente no se tiene oído para una cosa mía, sea esta la que sea, *por consiguiente* tampoco se está ni a *favor*, ni *en contra*... (carta 1132).

Una de las consecuencias de esta escritura autosuficiente, egocéntrica, crispada y provocadora será, precisamente, la ruptura de la vieja amistad con Malwida von Meysenbug (carta 1135).

Por entonces Georg Brandes le había enviado a August Strindberg, el gran escritor sueco, un ejemplar de *El caso Wagner*. Gracias a esa mediación pudieron descubrirse mutuamente Nietzsche y Strindberg e iniciar su propia correspondencia, otra de las novedades principales de este volumen y uno de los momentos de acelerada admiración recíproca más extraordinarios de todo el legado nietzscheano. Aunque en nuestras notas hemos tratado de resumir lo que Strindberg le escribía en sus cartas, redactadas en francés y hasta en latín, el epistolario completo de ambos genios merecería una edición pormenorizada. He aquí el inicio de esa fogosa relación, sugerida desde la perspectiva del filósofo:

[El doctor Brandes] le ha dado un ejemplar de mi escrito al más grande escritor sueco, August *Strindberg*, que ya está volcado por entero a mi favor, él lo llama un «verdadero genio», aunque algo loco. Me pide igualmente ejemplares para algunos personajes de la más elevada sociedad de San Petersburgo que ya han sido motivados para que me presten atención, en la medida en que esto es posible, dada la *prohibición* de mis escritos en Rusia: el príncipe *Urusov* y la princesa Anna Dimitrievna *Ténicheff*. Son «paladares finísimos»... (carta 1130).

El genio sueco Strindberg me considera el más grande psicólogo del — eterno femenino. Me ha enviado su tragedia *Père* (con el entu-

siasta prólogo de Zola), la cual en realidad alcanza a expresar de un modo grandioso mi definición del *amor* (— se encuentra p. ej. en *El caso Wagner*). Me estoy esforzando ahora por conseguir que esta obra se pueda representar en el *théâtre libre* de París (carta 1163).

Durante ese otoño tan sorprendente, tan acelerado y fecundo, el día 15 de octubre de 1888 Nietzsche cumple cuarenta y cuatro años, y para festejarlo escribe entonces lo siguiente:

... en este día perfecto en que todo madura y no solo la uva toma un color oscuro, acaba de posarse sobre mi vida un rayo de sol: he mirado hacia atrás, he mirado hacia adelante, y nunca había visto de una sola vez tantas cosas y tan buenas. No en vano he dado hoy sepultura a mi cuadragésimo cuarto año, me era *lícito* darle sepultura, — lo que en él era vida está salvado, es inmortal. La *Transvaloración de todos los valores*, los *Ditirambos de Dioniso* y, como recreación, el *Crepúsculo de los ídolos* — ¡todo regalos de este año, incluso de su último trimestre! *¿Cómo no había de estar yo agradecido a mi vida entera?* Y así me cuento mi vida a mí mismo.

Con este folio aclarador, que revisa en puntos importantes el que de hecho redactó el día mismo de su cumpleaños, Nietzsche nos hace saber que desde ese momento de celebración comenzó a escribir una nueva obra, aquella en la que el folio transcrito figura como su frontispicio, entre el «Prólogo» y su primera sección, titulada «Por qué soy yo tan sabio»: su propia autobiografía, el futuro libro *Ecce homo. Cómo se llega a ser lo que se es*. He aquí, por tanto, a más de la revisión de galeradas y la preparación de las traducciones de sus obras, la nueva tarea a la que se dedicó por entonces, desde mediados de octubre. Para el lector será fácil comprobar que muchas expresiones y juicios que encontramos en la correspondencia a partir de la citada fecha, aparecen también en el texto de ese extraño y originalísimo escrito casi sin variaciones. Resulta por ello aleccionador ver cómo Nietzsche lo presenta a sus amigos (carta 1137).

Al redactarlo el filósofo se siente inspirado, su escritura fluye sin contratiempos. A su editor le anuncia el día 6 de noviembre, y a varios amigos les comunica los días 13 y 14 de ese mes, que ya está listo *Ecce homo*, que lo acabó el día 4 de noviembre y que pronto entrará en imprenta y quedará editado, aunque tendrá que salir publicado y distribuirse a las librerías posteriormente, en momento oportuno, cuando las circunstancias sean propicias para el conjunto de su obra (carta 1139).

Para acabar de comprometerlo a favor de su causa, a Strindberg le escribe esta propuesta:

Cuando ayer me llegó su carta — la primera carta en mi vida que me ha *llegado* — acababa de terminar la última revisión del manuscrito de *Ecce homo*. Ya que en mi vida han dejado de existir las casualidades, usted tampoco es, por lo tanto, ninguna casualidad. ¡Por qué escribe usted cartas que se presentan en semejante momento!... De hecho, *Ecce homo* debe aparecer simultáneamente en alemán, en francés y en inglés. Ayer mismo envié el manuscrito a mi editor; tan pronto como esté listo el primer pliego, tendrá que enviarlo a las manos de los señores traductores. ¿*Quiénes son estos traductores?* Francamente, yo no sabía que usted mismo es el responsable del extraordinario francés de su *Père*; creía que se trataba de una traducción magistral. En el caso de que usted mismo quisiera tomar en sus manos la traducción francesa, yo no sabría valorar con suficiente felicidad este milagro de ingeniosa casualidad. Pues, dicho sea entre nosotros, traducir mi *Ecce homo* es empresa que requiere un poeta de primer nivel; en la expresión, en el *raffinement* del sentimiento, está a mil millas más allá de todo mero «traductor» (carta 1176).

Aunque no todo son decisiones privadas de un solitario que se lanza a soñar con realizaciones gigantescas en el ámbito internacional; las reacciones públicas al escrito sobre Wagner comienzan por entonces a aparecer en la prensa de lengua alemana, unas son positivas, como la recensión de Carl Spitteler, publicada el 8 de noviembre, una reseña que le causa mucha alegría (carta 1143). Pero otras son muy negativas, como el venenoso artículo de Richard Pohl «Der Fall Nietzsche [El caso Nietzsche]», que salió publicado el 25 de octubre en la revista *Musikalisches Wochenblatt* que editaba en Leipzig E. W. Fritsch, poseedor desde el verano de 1886 de los derechos de todos los primeros libros de Nietzsche, desde *El nacimiento de la tragedia* hasta la tercera parte de *Así habló Zaratustra*. Al filósofo le pareció imperdonable que su propio editor hubiera permitido la publicación de un escrito en el que se lo calumniaba injustamente, como si él necesitara arremeter contra Wagner por resentimiento, por el fracaso estrepitoso de sus propias composiciones operísticas (!), y por inconfesables motivos personales, como la envidia y los celos. Y al instante le escribió una carta de ruptura sin paliativos:

Usted tiene el galardón de tener en la editorial las obras del primer ser humano de todos los milenios. Que usted pueda permitir que un viejo ganso como Pohl hable sobre mí, eso forma parte de las cosas que solo son posibles en Alemania. No crea que yo voy a leer a semejante individuo: acaban de escribirme desde Leipzig, textualmente, que «la presunción de Pohl de haber hecho con su limitado artículo alguna cosa contra el juicio universal decretado por usted es muy ridícula». — De todas partes recibo verdaderos escritos de homenaje, como si se refiriese-

ran a una obra maestra de sagacidad psicológica que no tiene parangón, como si fuera una genuina liberación de un peligroso malentendido... Pregúntele, en efecto, al señor von Bülow qué es lo que piensa sobre este asunto. — ¿Y el editor del *Zaratustra* toma partido en contra de mí?

Con sincero desprecio, Nietzsche (carta 1147).

Recuperar sus libros será desde el 18 de noviembre uno de los objetivos de su vida, como la correspondencia con las mejores amistades documenta con creces. Nietzsche pensaba que si conseguía ese objetivo, no solo se libraría de tener asociada gran parte de su obra a un editor indeseable, antisemita y deshonesto, sino que haría también una buena operación comercial, pues compraría sus escritos cuando valían poco por sus escasas ventas, y los podría vender luego, una vez famoso, por millares o incluso millones... ganando muchísimo. Este era uno de sus sueños, menos quimérico de lo que sus sensatos amigos suponían, del que posteriormente, como es sabido, su hermana se benefició. De hecho, ocupa muchas de las cartas del último mes y medio de su vida lúcida con un carácter urgente, obsesivo y premonitorio.

En parte por el contexto de la polémica suscitada a raíz de la publicación de *El caso Wagner*, y en parte por la concreta oferta musical de los teatros de la ciudad de Turín, por entonces Nietzsche se manifiesta en sus juicios estéticos como un gran defensor de la opereta francesa (carta 1148), e incluso de la zarzuela española, del denominado «género chico»:

Una significativa ampliación del concepto de «opereta». La opereta *española*. *La gran via [sic]*, la he escuchado *dos* veces. — Pieza característica de Madrid. Sencillamente, no es algo que se pueda importar: para ello hay que ser por instinto un granuja o un maldito — y serlo *con solemnidad*... Un terceto de tres canallas solemnes, viejos y gigantescos, es lo más fuerte que he *escuchado* y que he *visto* — *incluso* como música: genial, imposible de etiquetar... Dado que ahora estoy muy formado en Rossini y conozco ya 8 óperas suyas, he hecho la comparación con mi preferida, *Cenerentola*, — es mil veces demasiado *bondadosa* con respecto a estos españoles. Sabe usted, ya la *acción* misma no podría imaginarla más que un redomado granuja — son todo cosas que causan un efecto como de prestidigitación, de esta manera tan fulminante pasa a primer plano la *canaille*. Contiene cuatro o cinco piezas de música que hay que *escuchar*; en lo demás tiene preponderancia el *vals vienés* en la forma de un *ensemble más grande*. — *La bella Helena* de Offenbach, interpretada *a continuación*, quedaba sencillamente por debajo. Me marché enseguida. — Su duración, una hora exacta (carta 1192).

A finales de noviembre recibe los primeros ejemplares de *Crepúsculo de los ídolos o Cómo se filosofa con el martillo*, libro que, en cuanto lograda *síntesis* de su filosofía, enseguida piensa que debería aparecer en diferentes traducciones, y que debería hacerlo en *primer* lugar, ya que constituye una excelente *introducción* a su propio pensamiento. Jakob Burckhardt y August Strindberg son de los primeros en recibirlo. El combate que entonces libra Nietzsche no solo contempla la divulgación de este opúsculo que compendia su filosofar, posible reclamo para atender al resto de sus escritos, sino que además tiene en mente la preparación de *Ecce homo* y de la *Transvaloración*, esto es, de *El Anticristo*. No se trata, pues, de editar solamente divertimentos y ociosidades, maldades más o menos atrevidas contra un artista que cayó en la impostura, sino de algo mucho más serio y trascendente: lo que está en juego es el destino de la humanidad, un giro decisivo que puede tener consecuencias imprevisibles y tremendas. Como filósofo Nietzsche piensa aquí a lo grande, con magnificencia, con orgullo y responsabilidad, sin censuras, acaso desde el exceso y la clarividencia de lo extremo, con una especie de omnipotencia suprahumana y una megalomanía creciente que presagia el trágico final que se aproxima. No se le oculta, por lo demás, que su obra tiene también evidentes dimensiones sociopolíticas de fortísimas repercusiones, como expone con detalle a Georg Brandes, un intelectual judío de notoria radicalidad:

Hemos entrado en la gran política, incluso en la más grande de todas... Preparo un acontecimiento que con suma probabilidad partirá la historia por la mitad, hasta el punto de que tendremos una nueva cronología: a partir de 1888 como año Uno. Todo lo que hoy está arriba, alegre y confiado, la Triple Alianza, la cuestión social, se convertirá en una formación de antítesis entre individuos: tendremos guerras como no las hay, pero *no* entre naciones, *no* entre estamentos: todo habrá saltado en pedazos, — yo soy la dinamita más terrible que existe.

[...] Si vencemos, tendremos en nuestras manos el gobierno de la tierra — incluida la paz mundial... Hemos superado las absurdas fronteras de la raza, la nación y las clases: solamente persistirá la jerarquía entre los seres humanos, de individuo a individuo, que, por supuesto, es una escala jerárquica enorme y larga.

Así pues, usted posee el primer documento de la historia universal: *gran política par excellence* (carta 1170).

El borrador de una carta al emperador Guillermo II ratifica estos presentimientos desde su genuina raíz filosófica, si bien las expresiones tienen además una innegable connotación bíblica y religiosa, como si se tratara de un nuevo Evangelio:

En mí habla la *verdad*. — Pero mi verdad es *terrible*: pues hasta ahora a la *mentira* se la llamó verdad... *Transvaloración de todos los valores*: he aquí mi fórmula para una acción de suprema reflexión de la humanidad respecto de sí misma, — esto es lo que quiere mi destino, que yo haya sabido bajar mi mirada para que alcance a penetrar las cuestiones de todos los tiempos con mayor hondura, mayor coraje, y *mayor probidad* que ningún otro ser humano hasta ahora. Yo no desafío a lo que ahora vive, yo desafío a muchos milenios a que luchen contra mí: yo contradigo y, a pesar de ello, soy lo contrario de un espíritu *que dice no*... Hay nuevas esperanzas, hay metas y tareas de una grandeza para la cual hasta ahora no se tenía noción: yo soy un *alegre mensajero par excellence*, aun cuando tenga que seguir siendo el ser humano de la fatalidad... Pues cuando este volcán entre en actividad, tendremos sobre la tierra convulsiones como aún no las ha habido: el concepto de política se ha disuelto por completo en una guerra entre espíritus, todas las estructuras de poder han saltado por los aires — habrá guerras, como nunca las ha habido (carta 1171).

En medio de ese pluralismo de frentes, intereses y responsabilidades, de complicadas relaciones con sus editores, y de viva correspondencia con Strindberg y Brandes, con Köselitz y Overbeck, con Spitteler y Fuchs, con Deussen y Meta von Salis, con su madre y su hermana, Nietzsche no deja de ampliar su cosecha otoñal, ya que el 27 de noviembre redacta una carta, quizá dirigida a un editor desconocido, que prueba bien a las claras que su selecta colección de *Canciones de Zaratustra*, como las llama al principio, ya prefigura el torso de lo que luego serán los *Ditirambos de Dioniso* (carta 1162).

A comienzos de diciembre revisa las galeradas de *Ecce homo* que su editor le ha enviado desde Leipzig. Encontrar buenos traductores para sus escritos es una preocupación constante, Nietzsche busca poetas de oído exquisito. También teme las posibles consecuencias de su publicación en una Alemania autoritaria y censora en la que mandan Bismarck y Guillermo II. Le llega entonces una carta de la princesa rusa Anna Ténicheff, que ha descubierto su obra gracias a las lecciones de G. Brandes. Como es obvio, él ya no piensa su filosofía en un contexto nacional cerrado, sino que su concepto de *gran política* abarca a Europa entera, a toda la humanidad. Ciertas cartas muy claras y directas, que quizá no se enviaron, parecen fragmentos póstumos y se engarzan y complementan con ellos de manera admirable, así como con versiones manuscritas de *Ecce homo*. No olvidemos que hay pasajes del epistolario, así como de los cuadernos y apuntes póstumos, que no se nos han conservado, porque manos interesadas los destruyeron.

El 10 de diciembre lee Nietzsche el muy laudatorio ensayo de Köselitz (Peter Gast) sobre *El caso Wagner*, que había sido publicado

en el *Kustwart* de F. Avenarius, con un breve comentario de este, en el que como editor deploraba que el citado escrito fuera un panfleto periodístico, una injustificada inversión en la madurez de un intelectual de aquello que había defendido y argumentado en la juventud, sin haber explicitado con calma el desarrollo objetivo de las razones de tal cambio radical de criterio. En una palabra, el escrito era el producto de un folletinista ingenioso, muy ocurrente, eso sí, pero a fin de cuentas un mero *folletinista*.

La lectura de estos juicios produjo una reacción inmediata, un par de cartas, que luego Avenarius publicó en su revista, en las que Nietzsche clarificaba su talante y su largo combate contra la degeneración que percibía *desde hacía más de diez años* en Bayreuth, con un listado adjunto de varios *pasajes de sus escritos* en los que se documentaba su crítica manera de valorar el legado wagneriano. En este listado se encuentra el germen del nuevo escrito que comenzó a gestarse a partir de esa fecha, y que ya el 15 de diciembre había tomado cuerpo en forma de manuscrito que envió al editor, *Nietzsche contra Wagner*, muy adecuadamente subtítulo poco después como *Documentos de un psicólogo*.

La correspondencia con C. Spitteler, C. Fuchs y H. Köselitz nos aclara los pasos que Nietzsche recorrió con mucha rapidez para clarificar y razonar su posición y su nueva publicación, una especie de suplemento o complemento a *El caso Wagner*; y para que hubiera otras voces en el espacio público que se manifestaran a su favor. La urgencia de la polémica suscitada por Avenarius hizo que se le diera preferencia a este escrito en la imprenta, y que se paralizara de momento la impresión de *Ecce homo*, en parte también porque aún no se habían encontrado los traductores idóneos a quienes enviarlo. Para la versión inglesa del libro antiwagneriano Nietzsche deseaba contar con una escritora a la que conocía, Helen Zimmer, introductora de la obra de Schopenhauer en Inglaterra, la cual varios días después desestimó el ofrecimiento.

Una carta de H. Taine, que Nietzsche leyó el 16 de diciembre, le proponía que empezara gestiones con Jean Bourdeau como traductor e introductor de su pensamiento en Francia, recomendación que conllevó el inicio de otro interesante intercambio epistolar con este articulista, colaborador en periódicos y revistas que el filósofo leía y estimaba.

Al comenzar a despejarse la incógnita de los traductores de sus escritos recientes Nietzsche retornó a su planteamiento inicial hacia el 22 de diciembre, esto es, tomó la decisión de frenar la edición de *Nietzsche contra Wagner* y retomar la de *Ecce homo*.

Por navidades, además de revelar de manera bien patente las diferencias que una vez más constataba en relación con su hermana, Nietzsche manifiesta a los amigos su excelente estado de ánimo, muy eufórico, en la acogedora y exquisita ciudad de Turín. Por entonces redacta la versión definitiva del «Prólogo» a *Nietzsche contra Wagner* y la carta a Giosuè Carducci para que se encargara de la traducción italiana de ese escrito, motivado por la lectura y corrección de las galeradas que acaba de recibir de Leipzig, lo cual le hace cambiar de opinión y dejar en suspenso la edición de *Ecce homo*. A C. Fuchs le comunicará este cambio de planes el día 27 de diciembre, pensando en la oportunidad de la publicación conjunta de un opúsculo con un ensayo de Fuchs y otro de Köselitz, que se titularía *El caso Nietzsche*. Ambos escritos, *Nietzsche contra Wagner* y *El caso Nietzsche*, se complementarían y reforzarían el efecto de *El caso Wagner*. Pero el día 29 recibe una carta de Jean Bourdeau que él interpreta como una respuesta afirmativa a sus proyectos de traducción e introducción de su obra en Francia, y de inmediato le escribe a Ruggiero Bonghi para que asuma el trabajo de la versión italiana de *Crepúsculo de los ídolos*. Como es evidente, Nietzsche quiere sacar adelante dos nuevas publicaciones y dos nuevas traducciones, y vacila sobre el orden de preferencia que debe darles ante las prensas de su editor. Las cartas y los fragmentos póstumos también documentan sus intentos de redacción de una «promemoria» contra Bismarck, Guillermo II y contra la casa Hohenzollern en general, complemento práctico-político de su mensaje filosófico.

A pesar de las oscilaciones y de la enorme tensión psíquica en la que vive, o tal vez a causa de esa misma tensión, Nietzsche sigue con gran lucidez y atentas lecturas todo el proceso de corrección de galeradas y de edición de sus escritos. El 30 de diciembre envía una carta muy sensata a su editor en la que indica añadidos para la mejora del texto de *Nietzsche contra Wagner*, y otra a A. Heusler recabando ayuda económica para recuperar los escritos que tiene en sus manos el editor Fritsch, mientras que el borrador de una carta del mismo día a Köselitz ya manifiesta síntomas de la locura inminente, de megalomanía descontrolada, de similitud entre el *Ecce homo* y la célebre *Mole Antonelliana*, el emblemático edificio de Turín, la más elevada construcción en ladrillo de todo el planeta. Las cartas del 31 de diciembre combinan ambos registros, pero ya se van inclinando cada vez más hacia las alucinaciones y desvaríos, la pérdida de la identidad, la confusión con otras personalidades, como César, Napoleón, o bien otros príncipes y monarcas europeos, o el ave Fénix, hasta confluir en Cristo crucificado y, sobre todo, en Dioniso, el dios griego cuyo magisterio impregna la obra entera del filósofo como innovación decisiva.

El 1 de enero de 1889 Nietzsche reclama un poema a la casa editorial para añadirlo a los *Ditirambos de Dionisos*, poemario que, listo ya para su edición, el día 2 dedica a Catulle Mendès. Ese mismo día cambia de nuevo sus planes y renuncia a la edición de *Nietzsche contra Wagner*. Esa decisión se explica porque había fracasado el proyecto de publicar el escrito complementario que él había titulado *El caso Nietzsche*: ni Köselitz ni Fuchs podían permitirse hablar en público de Wagner como él lo hacía, con la trágica experiencia personal y filosófica que lo legitimaba. El día 3 de enero sufre el colapso definitivo e irreversible; desde entonces lo que escribe y envía se conoce como los «papeles (o misivas, o notas) de la locura», cuyos destinatarios son Heinrich Köselitz, Hans von Bülow, Erwin Rohde, Meta von Salis, Cosima Wagner, Carl Spitteler, Franz Overbeck, Malwida von Meysenbug, Jean Bourdeau, H. Wiener, un cardenal de la curia romana, el rey de Italia... Una larga carta del 5 de enero a Jacob Burckhardt, testimonio elocuente de su abismo mental, mueve a este sabio de Basilea a buscar a su colega, el profesor Overbeck, para enseñarle la misiva recibida y pedirle que vaya al encuentro de su amigo. El día 7 viaja Overbeck a Turín y el día 8 encuentra a su antiguo colega en la casa en la que residía. El día 9 de enero viajan ambos de regreso a Basilea, y el día 10 Overbeck ingresa a Nietzsche en la clínica para enfermedades nerviosas de esa ciudad suiza en la que había sido joven catedrático de filología clásica.

V. RASGOS DE UNA COMPLEJA PERSONALIDAD

Hemos recorrido con cierto pormenor y mediante una antología de fragmentos epistolares las cuatro estancias consecutivas que vertebran la vida de Nietzsche, de octubre de 1887 a enero de 1889, Niza, Turín, Sils-Maria y de nuevo Turín, hasta el adiós final, de regreso a Basilea, ya con la psique hundida. Ahora bien, tan solo hemos efectuado una *aproximación general*, subrayando unos cuantos interlocutores, y destacando algunas obras, contextos y temas nucleares. Nuestro objetivo ha sido presentar una *introducción* a la lectura, insistiendo en la honda relación que guardan las *cartas* de la madurez con la *filosofía* de esa etapa accidentada y con los *escritos* del momento, pero esa opción es una entre muchas. Conviene insistir en que esta correspondencia posee otras riquezas y virtualidades, no solo la de construir, como hemos hecho siguiendo el proceder de Colli y Montinari en el vol. 15 de la KSA, una *crónica* de la vida de Nietzsche *en su voz propia*, una *biografía íntima* de los últimos quince meses de existencia autónoma

del pensador. Pero como ya se habrá empezado a comprobar, este epistolario final destaca por su excepcional veracidad, por la cercanía que proporciona a la hora de vislumbrar la compleja, sutil y combativa personalidad que lo creó, tan singular, tan menospreciada y tan desconocida. Al leer estas cartas ciertos tópicos ya centenarios se desvanecen y ante nosotros surge un hombre mucho más interesante, mucho más vivo y contradictorio, aquejado de soledad y de sufrimientos, que no consigue que le atiendan y le reconozcan en lo que realmente es, en lo que no ha dejado de exponer con extrema lucidez y clara autoconciencia, con nuevas ediciones y prólogos de sus libros, y con un ramillete de opúsculos portentosos que no cesaba de escribir sopesando cada una de las palabras, como si todas sus páginas fueran poemas. Ahora ya nadie discute que estamos ante el autor de una prosa magistral, copiosamente traducida, editada y distribuida, bien presente por méritos propios en las bibliotecas y librerías de todo el mundo. Esa prodigiosa escritura también se manifiesta así en este epistolario lleno de frescura y vivacidad, extraordinariamente ágil y elástico como solo se percibe bien, por contraste, si a continuación se leen también, a ser posible en los originales, las cartas de sus interlocutores, casi todas ellas mucho más protocolarias y formales, más pesadas y pedantes, incluso las falsificadas por la misma hermana, la «Llama» de la colonia antisemita Nueva Germania, aunque estas no dejan de aprovechar la plantilla previa de lo escrito por el hermano, que siempre es interesante y sugerente. Si al traducir no hemos traicionado en exceso, el lector percibirá la grandeza del Nietzsche escritor, del artista que paseaba jugando con las palabras y luego acuñaba frases certeras, que utilizaba en la correspondencia como melodías principales con las variaciones pertinentes a cada interlocutor, de ahí la posible relectura de estos textos siguiendo sus ciclos y sus *leitmotifs*. Algunos son especialmente afortunados y se encuentran también en las obras del filósofo. Aunque sea con mucha brevedad, en lo que sigue deseamos mostrar algunos otros rasgos sobresalientes de esta enigmática y fascinante persona, tal como aparecen esbozados en confesiones de este epistolario de la madurez.

Resalta en todo momento, casi desde la primera a la última de estas cartas, un interés constante en el filósofo, aunque no se dirija a músicos o musicólogos, a saber, su preocupación por el destino de la música, su necesidad de música, la honda relación de su persona y su obra con el arte de los sonidos. Aquí se inserta el recuerdo vivo y candente de la personalidad de Richard Wagner, la presencia todopoderosa en Bayreuth de la viuda del compositor, Cosima, la preponderancia de lo wagneriano y los wagnerianos en la escena nacional e internacional del momento, y la búsqueda de músicos y estetas que no compartan esa

opción mayoritaria, chovinista y mimética, convertida casi en doctrina imperial. Es obvio que la amistad con el compositor Heinrich Köselitz, su antiguo y permanente discípulo, el experto corrector de las galeradas de sus textos, una persona a la que a veces visitaba en Venecia en la primavera y el otoño y por cuya suerte se preocupa como un hermano mayor, se evidencia de manera palmaria en la correspondencia, pues la directa implicación en la edición de sus escritos hace que el filósofo cuide mucho la relación y busque su compañía en la medida de lo posible, sin perder nunca las distancias. A veces sueña con viajar con él a las montañas del Véneto, o a la isla de Córcega, o espera que se traslade a Turín y viva en su cercanía, entre otras cosas para poder escuchar diariamente buena música en vivo. El epistolario entre ambos, en el que nunca se llega al tú a tú, está totalmente vertebrado por lo musical, desde los comentarios a la orquestación y a ciertas notas de la composición y de la edición de la partitura del *Himno a la alegría*, que se acababa de publicar en el otoño de 1887, hasta los avatares para lograr que se interprete alguna de las composiciones de Köselitz, sea la ópera cómica *El león de Venecia*, o alguno de sus fragmentos, como determinado dueto amoroso, o también un cuarteto de cuerdas dedicado a Nietzsche, a cuya gestación asistió como una especie de comadrona. En cerca de quince cartas se lee la estima que siente el profesor por la música del discípulo convertido en «maestro veneciano», una música que es de clásica factura, antimoderna y antiwagneriana, de fuerte sabor italiano, que sin duda alguna apreciaba y consideraba de calidad, aunque la posteridad no le haya dado la razón y disienta de sus valoraciones. Las cartas de temática musical que cruzan entre ambos nos informan de los intereses y las lecturas que el filósofo lleva a cabo, por ejemplo, sobre el problema Piccini-Gluck (carta 948), las relaciones entre Gluck y Rousseau (carta 958), los textos esenciales para conocer los comienzos de la ópera francesa (carta 964), el recuerdo de las consideraciones schopenhauerianas sobre *Norma* (carta 975), la historia de las relaciones entre Wagner y Baudelaire (carta 1000), la excelencia del *Tristán* (carta 1214), las óperas de Offenbach (carta 1007), la música de Schubert comentada por Spitteler (carta 1061), la reivindicación de los alemanes en cuanto músicos, esencial para entender el romanticismo en ese país (carta 1065), el debate con Fuchs en torno al fraseo y la interpretación (carta 1096), o las ya comentadas consideraciones en torno a la opereta francesa (cartas 1148 y 1157) y la opereta española, esto es, la zarzuela (cartas 1192 y 1194). Nietzsche cuenta y valora lo que escucha cuando asiste a los conciertos, sea en Niza (cartas 940 y 964), sea en Montecarlo (carta 973), sea en Turín (cartas 1022, 1035, 1037), ciudad en la que presencia un célebre festival típicamente

italiano que le sorprende positivamente (cartas 1044 y 1045). Pero esas experiencias de oyente estético se convierten en comentarios todavía más personales cuando él mismo es el compositor, como sucede con el *Himno a la vida*, que está tratado en más de veinte cartas, por no hablar del tema estrella de esta correspondencia, a saber, la gestación, redacción, composición, edición, distribución y repercusiones del célebre «panfleto contra Wagner», un tema, mejor dicho, una cuestión abierta y sangrante que deja su impronta en unas setenta cartas. ¿Por qué? Porque Wagner es un protagonista decisivo en la tragedia vital de Nietzsche, y esta correspondencia de madurez lo corrobora de manera inequívoca, y porque el filósofo siempre se considera un músico, «el viejo músico que realmente soy» (carta 960), afirmación que repite: «en el fondo soy un viejo músico» (carta 1061); él reivindica que pertenece a la música (carta 940), reclama que se le trate y se le considere como un músico (carta 1215), cree que su música perdurará (cartas 942 y 949), y hasta teme que por ser demasiado músico no podrá dejar de ser un romántico (carta 1009), ya que es un músico por instinto (carta 1107). De hecho, firma una de sus misivas como «el malogrado *musicus*» (carta 1037), seguramente con mucha pena. Y aunque sabe que necesitaría cultivar sistemáticamente el lenguaje musical durante un tiempo para poder crear algo técnicamente valioso, su sensibilidad es eminentemente musical, la música multiplica sus fuerzas y le alegra la existencia:

La *música* me ofrece ahora sensaciones que, en realidad, nunca me ofreció antes. Me libra de mí mismo, me desengaña de mí mismo, como si yo me percibiera y me *sintiera* en panorámica totalmente desde la lejanía; la música me refuerza cuando la escucho y, cada vez, tras una noche de música (— he escuchado *Carmen* cuatro veces) viene una mañana de visiones y ocurrencias repletas de energía. Es algo muy singular. Es como si me hubiera bañado en un elemento *más natural*. La vida sin música es sencillamente un error, una labor ímproba, un exilio (carta 976).

De ahí su necesidad de música, y la importancia de lo musical para entender y valorar la cultura alemana de la que forma parte:

Su «romanticismo alemán» [se refiere al estudio de G. Brandes sobre ese movimiento] me ha hecho meditar en cómo todo este movimiento en realidad solo ha conseguido llegar a la meta como música (Schumann, Mendelsohn, Weber, Wagner, Brahms): en cuanto literatura ha continuado siendo una gran promesa. Los franceses fueron más afortunados. — Temo que soy demasiado músico para no ser romántico. Sin música la vida sería para mí un error (carta 1009).

Este epistolario, que comienza comentando el *Himno a la vida* (carta 939), un *Himno* que «precisa al menos un *afecto capital* de entre los diferentes afectos a partir de los cuales ha crecido mi filosofía» (carta 940), y acaba con la orden de frenar la impresión de *Nietzsche contra Wagner* como un escrito superado por las circunstancias (carta 1237), en cierto modo confirma hasta la saciedad esta afirmación: «Ya no conozco nada, ya no escucho nada, ya no leo nada: y a pesar de todo ello no hay nada que realmente me *importe* más que el destino de la música» (carta 1007). Y eso, lejos de las poses, porque Nietzsche también es, y de manera eminente, un filósofo de la música:

Lo que usted dice en su carta sobre el estilo de Wagner me recuerda una observación propia al respecto, escrita en algún lugar: cómo su «estilo dramático» no es sino una especie de estilo *malo*, incluso de *no-estilo* en la música. Pero nuestros músicos ven en ello un *progreso*... Propiamente en *ese* ámbito de verdades está todo por decir, sí, y, como sospecho, está todo casi por pensar: Wagner mismo, como ser humano, como animal, como dios y artista se mueve mil veces por encima de la comprensión y de la falta de comprensión de nuestros alemanes. ¿Acaso también sobre la de los franceses? (carta 1000).

Quizá por el problema de tener que hablar de música a muchos de sus interlocutores que no eran músicos, como G. Brandes, o, en otro sentido, P. Bourget, desconocedores ambos del lenguaje técnico de los intérpretes y los compositores, en esta correspondencia encontramos una virtualidad complementaria, a saber, la fuerza plástica de la prosa epistolar nietzscheana. Veamos una muestra, que tiene lugar cuando al enjuiciar Nietzsche la labor de Köselitz, de quien dice que «compone música, para la que no tengo más palabras que '*clásica*'», añade: «dos movimientos de una *sinfonía* p. ej., el más hermoso *Claude Lorrain* en música que conozco» (carta 951).

Por vez primera aparece entonces una comparación pictórica bellísima y certera, que vuelve a aparecer en otras cartas del último otoño en Turín (cartas 1137, 1143, 1144, 1175), y que pasa a los escritos del filósofo, como hemos visto. Se ha dicho que la preponderancia que en él adquiere lo musical y sus débiles ojos de persona casi ciega son dos rasgos definitorios que le convierten en un autor que apenas es sensible a lo plástico, a lo arquitectónico y lo espacial, en una palabra, a lo pictórico y fotográfico. Quizá sea el momento de matizar esas aseveraciones y de reconocer la fuerza de las descripciones plásticas de las cartas nietzscheanas, por ejemplo, hablando de Niza:

Los días vienen hacia aquí con una desvergonzada belleza; no hubo nunca un invierno más perfecto. Y estos colores de Niza: quisiera

enviártelos. Todos los colores están tamizados por un gris plateado brillante; son colores espirituales, plenos de ingenio; sin residuo alguno de la brutalidad de los tonos fundamentales. La ventaja de este pequeño trozo de costa entre Alassio y Niza es una licencia para el africanismo en el color, la flora y la sequedad del aire: esto no sucede en el resto de Europa (carta 989).

O de Sils-Maria:

... salí — y ¡mire usted! el día más hermoso que he visto en la Engadina, — una potencia luminosa de todos los colores, un azul en el lago y en el cielo, una claridad del aire, totalmente inauditos... *No solo a mi juicio...* Las montañas, de *blanco* hasta muy abajo — pues habíamos tenido días de serio invierno — acrecentaban en todo caso la intensidad de la luz (carta 1102).

Lo bien cierto es que sus «cuadros» sobre Turín sí son ya famosos, hasta en *cómics* impresionantes como *La inmensa soledad* de Frédéric Pajak:

¿Conoce usted Turín? Es una ciudad en sintonía con mi corazón. Incluso es la única. Tranquila, casi solemne. Tierra clásica para los pies y los ojos (por un adoquinado soberbio y un tono de color amarillo y entre rojo y marrón, en el que todo se unifica). Un soplo de buen siglo XVIII. Palacios, que nos hablan para que meditemos: no fortalezas del Renacimiento. ¡Y que en medio de la ciudad uno vea los Alpes nevados! ¡Que parezca que las calles se dirijan en línea recta hacia ellos! El aire, seco, de sublime claridad. Nunca pensé que la luz pudiera hacer tan hermosa a una ciudad (carta 1018).

Y lo son porque en cierto modo han tenido una notoria influencia en la historia del arte. Bastaría recordar a Giorgio de Chirico, quien no dejó de reconocer lo siguiente²: «Nietzsche, el filósofo-poeta, descubridor de la divina felicidad otoñal» (p. 296); «una revelación puede surgir de repente, cuando menos la esperamos, y la puede provocar asimismo la visión de cualquier cosa, de un edificio, una calle, un jardín, una plaza pública, etc. En el primer caso forma parte de un tipo de sensaciones extrañas que he observado únicamente en un hombre: Nietzsche» (p. 600); y que también declaró:

Turín me inspiró toda la serie de cuadros que pinté de 1912 a 1915. A decir verdad, confesaría que deben mucho igualmente a Federico

2. *Scritti*, I. Classici, Bompiani, 2008; las páginas entre paréntesis hacen referencia a esta edición. La traducción castellana de las citas es de Lorena Rivera.

Nietzsche, del que yo era entonces un lector apasionado. Su *Ecce homo*, escrito en Turín poco antes de que él se hundiera en la locura, me ayudó mucho a comprender la particular belleza de esa ciudad. La auténtica estación de Turín, aquella a través de la cual se hace patente de la mejor manera su encanto metafísico es el otoño... Es la estación de los filósofos, de los poetas y de los artistas inclinados a filosofar (p. 884).

Parece ser que Nietzsche se decidió por pasar la primavera de 1888 en Turín no solo porque se lo hubiera recomendado Köselitz. G. Campioni ha explicado que en esa decisión pesaba un importante motivo literario doble: lo que había leído sobre esa ciudad en 1885 en las *Lettres familières sur l'Italie* de Charles de Brosses, libro que se cita en la carta 948, en la que se recuerda ese viaje a Italia en 1739, y lo que sobre ella decía su estimado Paul Bourget en *Croquis italiens*, acabados en Turín en 1885. Bastarían estas referencias para que indicáramos la enorme presencia del «espíritu latino» en este epistolario, sobre todo de la cultura por antonomasia, la *cultura francesa*, desde Montaigne a Pascal, pasando por las traducciones de los autores rusos, las obras póstumas de Stendhal y Baudelaire, la lectura de los volúmenes del *Journal* de los hermanos Goncourt, la admiración por Taine, que llevó a la ruptura con E. Rohde, y el seguimiento del día a día en la prensa y las revistas francesas, bien para ver cómo descubren en París la *Pasión según san Mateo* de J. S. Bach, o para comentar la figura del criminal, reivindicar la obra de A. Daudet o imaginar la colección en la que desearía ver publicadas sus propias obras en traducción francesa.

No quisiéramos acabar estas notas sin comentar uno de los rasgos permanentes del talante político-social del maduro Nietzsche que más han sido malentendidos y tergiversados, a saber, su explícito y expreso *anti-antisemitismo*, desde la esforzada actitud por no ser descortés con su cuñado (cartas 938, 941, 949, 984), hasta la inequívoca afirmación de una de las misivas de la locura, la 1249, en la que dice: «Estoy haciendo que fusilen a todos los antisemitas», pasando por su negativa a recibir la *Correspondencia antisemita* (cartas 962 y 967), o los borradores y las cartas a la hermana (la carta 1148, y la 968 en especial) y sobre la hermana (carta 1210). No es trivial su distanciamiento con respecto a todos los antisemitas, sean publicistas o editores, como Avenarius y Fritzsche, ni su reivindicación expresa de judíos como H. Heine y G. Brandes, tan poco valorados por los alemanes de nacionalismo excluyente y autosatisfecha cultura filisteá.

Otros temas, como el clima (cartas 941, 983, 1001, 1007, entre otras) y la enfermedad (véanse, por ejemplo, las cartas 1056 y 1092), o las relaciones entre filosofía y locura (carta 1014), tienen aquí ejem-

plificaciones que ayudan a entender mucho mejor las páginas de *Ecce homo*. Algunas páginas sobresalen por su humor y su ironía (cartas 983, 985, 989, 1098, 1110, 1183), incluso la ironía sobre sí mismo y las propias payasadas que uno hace (carta 1101), destacando algunos momentos excepcionalmente brillantes, en los que no se puede sino sonreír (véase sobre todo la carta 1101, que merecería su transcripción, ya que es un texto verdaderamente antológico).

En fin, que queden abiertas las múltiples sugerencias que se deberían desarrollar. Cortamos este texto introductorio recordando un poema de Gottfried Benn en el que, como nos dice en su última misiva, el filósofo sufría por *llevar las suelas rotas*, y otro que no podemos sino volver a recitar una y otra vez:

*In deinen letzten Tagen
vor deiner letzten Nacht,
was hast du wohl für Fragen
in deiner Seele gedacht?*³.

JOAN B. LLINARES

3. Estos dos poemas de G. Benn son «Turín» [1936] y «Turín II» [1946], respectivamente; cf. «Apéndice. Nietzsche en los poemas de G. Benn. Breve antología», la parte final de nuestra colaboración en J. B. Llinares (ed.), *Nietzsche 100 años después*, Pre-Textos, Valencia, 2002, pp. 229 y 231. Los versos citados, el primero de cuatro cuartetos, podrían traducirse como sigue: «En tus últimos días, / ante tu última noche, / ¿cuáles fueron las preguntas / que en tu alma tuviste que sopesar?».